



ALLISON SAFT

Disney

ALAS
ESTRELLA DE

CROSS
BOOKS

Disney
ALAS
ESTRE DE
LLA

ALLISON SAFT

CROSS
BOOKS



Aquella era una tarde de ensueño: el aire estaba teñido de la luz dorada del sol y adornado con polvillo de hada. El zumbido de las abejas se oía por toda la pradera. Clarion se posó en la rama de un roble, envuelta en el susurro de las hojas. Qué agradable le resultaba estar sola, sin nada que hacer durante por lo menos quince minutos.

Casi se arrepintió de haber tenido aquel pensamiento por muy encantador que fuera. Era muy fácil imaginar la reacción de la Reina Elvina manifestada como un precepto real: «La reina de la tierra de las hadas no se sienta a holgazanear mientras haya trabajo que hacer».

Pero Clarion no era la reina de la tierra de las hadas —al menos, no todavía—, y su cita semanal con la ministra del verano había acabado antes

de lo previsto. No pretendía desaprovechar aquella rara y breve ocasión de libertad.

Con la coronación a la vuelta de la esquina, su horario desde que se levantaba hasta que se acostaba estaba repleto de lecciones, ensayos, pruebas y más reuniones de las que nunca hubiera creído posible tener. Daba por hecho que todo era primordial ya que solo quedaba un mes para que absorbiera los cientos de años de sabiduría que poseía Elvina. Pero la tierra de las hadas era inmensa y formidable y, a veces, Clarion tenía la sensación de no saber nada de ella en absoluto. ¿Cómo hacerlo si se había pasado casi toda su vida observándola desde la distancia?

Clarion contempló el Prado de los Girasoles con algo peligrosamente parecido a un bostezo. Con la caída del ocaso ya próxima, salían las hadas de la luz, radiantes de emoción e impacientes por lidiar con el caos controlado de su hora más ajetreada del día. Desde el otro lado de la cortina de hojas, vio cómo se movían por el aire inundado de polen, dejando estelas de polvillo de hada tras de sí. Algunas trabajaban en equipo para reubicar los rayos del sol que cada vez estaban más cerca del horizonte mientras gritaban cosas como «¡Un poco a la izquierda!» y «¡No, tu otra izquierda!». Otras sumergían las manos en los rayos y guardaban la luz en sus cestos con tanta facilidad como si estuvieran sacando agua de un pozo. Clarion siempre quedaba fascinada por la cantidad de detalles que se daban en la magia cotidiana de un atardecer. Resultaba difícil creer que dentro de muy poco, la noche del solsticio de verano, fuera a convertirse en la responsable de todo.

Las perspectivas la aterraban más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Un zumbido agudo la sacó de sus meditaciones. Luego, algo le pasó precipitadamente por al lado: una estela de color negro que contrastaba con el

cielo encendido. Clarion se echó hacia atrás; habría perdido el equilibrio de no ser porque se agarró a una rama para no caer.

¿Qué demonios era eso?

Con una mano sobre el pecho, donde el corazón le latía desbocado, echó un vistazo bajo la cortina de hojas. Una abeja, que volaba a duras penas, aterrizó forzosamente en el suelo y se quedó del todo quieta. Tras un instante, sus alas se agitaron y Clarion soltó un suspiro de alivio. «Entonces, no está herida», pensó. La pobre debía haber trabajado hasta la extenuación. Las abejas eran un grupo muy trabajador y solían sobrevalorar sus límites, sobre todo allí, en el perpetuo calor del verano. Por suerte, no era nada que no pudiera solucionarse con un poco de azúcar, y había azúcar de sobra en la tierra de las hadas. Las cocinas, que sin duda a esas horas estarían a tope preparando toda clase de dulces, se encontraban en el palacio. Pero, pensándolo mejor, la colmena —y, por tanto, su miel— estaba justo al otro lado del prado.

Un problema sencillo con una solución sencilla.

Y, sin embargo, Clarion dudó.

Cualquier problema que se diera en su reino hacía que quisiera correr a arreglarlo. Antes pensaba que aquel impulso era un reflejo de su magia interior, del talento innato que tenía para el liderazgo, una pequeña parte de algo mayor que hacía que todo tuviera sentido. Pero ahora comprendía que no siempre podía fiarse de sus instintos, de su sentido de la compasión.

«La reina de la tierra de las hadas no debe mezclarse con sus súbditos».

Desde su Llegada —la noche que emergió de una estrella caída, al igual que todas las reinas de la tierra de las hadas que la precedieron—, Elvina le había remarcado que ella era diferente. Que las dos eran diferentes y tenían

la marca imborrable del polvillo de las estrellas. Aparte de Elvina, Clarion era la única hada con el don del liderazgo en toda la tierra de las hadas.

Clarion miró la pradera, donde se reunían grupos de hadas con el don animal y el don de jardín para pastorear a sus rebaños de abejas. ¿Se darían cuenta de que les faltaba una? Incluso aunque lo hicieran, la búsqueda les llevaría toda la noche. Quizá algo tan nimio como salvar a una abeja pasara desapercibido, pero ahora ya no soportaba la idea de marcharse sin más. ¿Qué clase de reina sería si ignorara el sufrimiento de uno de sus súbditos, aunque fuera uno de los más insignificantes?

Ahora solo era cuestión de bajar del árbol.

De sus hombros colgaba una pesada capa bajo la cual se ocultaban sus alas. De todas las hadas se desprendía un aura tenue que resplandecía o se atenuaba dependiendo de su estado de ánimo, pero, debido a sus alas, dicho brillo siempre resultaba irreprimible. Aunque las hadas con el don de la luz que vivían en el Verano reflejaban el dorado casi tanto como ella, el parecido no era tan inconfundible como para que pudiera pasar desapercibida. Permitir que vieran sus alas equivalía a gritar «Aquí viene la futura reina de la tierra de las hadas».

Si alguien le hubiera dicho a Elvina que se encontraba allí, sin supervisión... No, no valía la pena pensar en eso. Tendría que descender sin volar. Era peligroso, eso seguro. Pero sin duda prefería lidiar con el riesgo de una caída que con otro de los sermones de Elvina.

Clarion se armó de valor y descendió de rama en rama. Los músculos le quemaban por el esfuerzo y la corteza le raspaba las manos hasta dejarlas casi en carne viva, pero, de forma milagrosa, logró no torcerse un tobillo cuando aterrizó en aquel océano de girasoles. Eran tan altos que crecían por

encima de su cabeza y se agitaban al compás de la brisa mientras proyectaban sombras inconexas sobre la hierba. Y ahí, a tan solo unos metros de distancia, la abeja yacía en una piscina de luz solar.

Con cuidado, se acercó a ella y se arrodilló a su lado.

—¿Te encuentras bien?

Las antenas de la abeja giraron aletargadas hacia ella, gesto que Clarion interpretó como un sí.

Cayó en la cuenta de que nunca antes había interactuado con una abeja. Muchas hadas se las quedaban como mascota... Todo lo que alguien podía «quedarse» a una abeja, claro, ya que estas se movían y viajaban a su gusto. Las hadas las seducían con platos de néctar que dejaban en los alféizares de las ventanas y en jardines domésticos repletos de sus flores favoritas: nébeda, lavanda y *rudbeckias* bicolor. Elvina nunca les había prohibido nada de eso, desde luego, pero tampoco las animaba a hacerlo. La complicidad que las demás tenían con los animales de la tierra de las hadas era otra cosa que Clarion nunca había tenido.

—Ven, vamos a ponerte en marcha de nuevo —dijo. Se sentía un poco tonta al hablarle a una abeja como si fuera a entenderla. Solo quienes tenían el don de los animales podían realmente comunicarse con ellos. Aun así, por si acaso, añadió—: Por favor, no me piques.

Con delicadeza, tomó a la criatura en brazos. La abeja no opuso resistencia y Clarion podría haber jurado que vio un velo de gratitud en sus ojillos cansados. Su pelaje era sorprendentemente suave y desprendía una suave fragancia mezcla de limón y la terrosidad del polen. Al estar tan cerca de ella era la primera vez que Clarion podía apreciar, no sin sorpresa, cuán parecidas eran las alas de las abejas a las del resto de sus súbditos. Eran tan

frágiles y preciosas como el cristal y estaban adornadas con un intrincado diseño venoso. Aquello hizo que el instinto de protección se le disparara.

Sostuvo a la abeja contra su pecho y se abrió paso a través del campo de girasoles. Sobre ella, al otro lado del techo de pétalos, captó retazos de las hadas que revoloteaban de acá para allá. Motas de polvillo de hada flotaban lánguidamente en el aire junto al vibrante sonido de sus risas. Le hacía sentir alegría y anhelo... y también una terrible soledad. Las hadas que compartían un don vivían juntas, trabajaban juntas y jugaban juntas. Se mezclaban con otras, por supuesto, pero había una especie de comprensión innata entre las que habían sido creadas para un mismo propósito. A veces, Clarion se preguntaba cómo era sentir que pertenecías a algo, tener tantos semejantes con los que poder contar, semejantes que te comprendieran a la perfección.

Llegaron a la linde del prado, donde un gran arce proyectaba una inmensa sombra. Pero lo que llamó la atención de Clarion fue el hueco que había en su tronco: una cavidad a unos pocos centímetros del suelo, llena de hileras de celdillas doradas: el panal.

Cuidadosamente, Clarion dejó a la abeja en la hierba.

—Ahora vuelvo.

La abeja le contestó con una agitación de sus alas. Quizá, hasta cierto punto, sí la entendía.

Clarion se volvió hacia el árbol y exhaló un suspiro para serenarse. Ya había trepado por un árbol ese día. ¿Qué importaba uno más? Se encaramó a él y encontró ranuras en la corteza donde apoyarse, cosa que también podía hacer si recurría a las setas que crecían directamente del tronco. Finalmente, empezó a ascender hasta la parte baja del hueco. Sentía el zumbido relajante de las abejas reverberar en su pecho, y también el reconfortante

aroma floral de cera y néctar que la envolvía. Con cautela, Clarion quitó la tapa de cera que sellaba la colmena. La miel se derramó de inmediato en la superficie. A esas horas, bajo el sol de media tarde, parecía brillar. Clarion arrancó una hoja de una rama y la usó para recoger la miel que goteaba lentamente del panal.

El regreso a tierra fue peligroso ya que solo tenía una mano disponible, pero se las arregló para no caer. Corrió junto a la abeja y colocó la hoja a su lado.

—Aquí tienes.

Ansiosa, Clarion contempló cómo bebía. Lentamente, la abeja empezó a desperezarse. Primero, se puso de pie, con cuidado, como si estuviera comprobando hasta qué punto sus delicadas patitas podían sostenerla. Después, envalentonada, emprendió el vuelo. Hizo piruetas y cabriolas, dando vueltas en círculo alrededor de Clarion como si quisiera decirle que se uniera a ella.

—Ojalá pudiera.

Clarion no pudo evitar sonreír. Incluso aunque su don le fuera esquivo, quizá pudiera ingeniárselas para aportar algo bueno.

—¿Mel? —llamó alguien con un timbre de pánico en la voz—. ¿Mel?

La abeja dio un respingo al oír su nombre.

Clarion alzó la vista y vio a un hada de los animales que saltaba frenéticamente de flor en flor.

—¿Buscas a esta?

El rostro moreno del hada apareció entre los pétalos con una expresión de confusión. Parpadeó con fuerza frente al espacio vacío que tenía delante.

—¿Hay alguien ahí?

—Aquí abajo.

Se sobresaltó y estuvo a punto de caer de donde estaba. Clarion hizo una mueca. Era muy raro ver a un hada en el suelo. Con timidez, se recolocó la capa. Por suerte, el resplandor del sol veraniego atenuaba el brillo de sus alas. Lo poco que se proyectaba en el cuello apenas le teñía la piel de un modo discreto que podría confundirse con el fulgor de una joya que tuviera bajo la barbilla. Gotas de sudor le recorrían la espalda, deslizándose entre las alas contraídas. Se moría de ganas de librarse de esa capa... y del calor, de paso.

Cuando el hada de los animales reaccionó, su mirada se posó en la abeja.
—¡Mel!

Mel se precipitó hacia el hada y giró en el último momento. El hada ni se inmutó, como si estuviera acostumbrada a aquel comportamiento. Parecía estar reprimiendo una sonrisa mientras Mel se zambullía en un girasol.

—Se suponía que hoy tenías que polinizar los matacandiles —lanzó el hada, pero Clarion percibía por su mirada que se sentía muy aliviada de haberla encontrado.

Mel regresó cubierta de polen. Se lo sacudió como si fuera un perro mojado y salió volando para unirse al resto de la colmena. Incluso Clarion notó que se estaba acicalando.

—Parece una rebelde —observó Clarion.

—Ay, no te das una idea. —El hada de los animales sacudió la cabeza con exasperación y después se volvió hacia Clarion—. Has sido muy amable.

El elogio la tomó desprevenida, pero también le resultó abrumador. Muy pocas hadas hablaban con ella sin presentarse primero. Elvina irradiaba un aura tan autoritaria que acababa envolviendo a Clarion en su protec-

ción. La mantenía a salvo, sí, pero también mantenía alejados a los demás. Lamentablemente, cualquier tipo de charla casual quedaba fuera de su alcance.

Tratando de alejar la formalidad de su tono de voz, dijo:

—No ha sido nada.

—Aun así, muchas gracias. —El hada de los animales le dedicó una sonrisa tan cálida como el verano—. Estoy segura de que ya tienes ocupaciones suficientes como para tener que entretenerte con una abeja descarriada.

Clarion le devolvió la sonrisa algo dubitativa.

—No hay de qué.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó el hada con el ceño fruncido, estudiando su rostro como si tratara de ubicar sus facciones—. Te pareces mucho a...

—¿Clarion?

Clarion se tensó al oír su nombre... y la voz más que familiar de la ministra del verano. «Atrapada». El miedo se apoderó de ella cuando se dio vuelta para quedar cara a cara con la ministra. Allí estaba Aurelia, con un gesto tenue de asombro. Tenía la piel oscura y los ojos dorados como el polvillo de hadas. Su cabello caía en bucles hasta los hombros. Ese día se había puesto un vestido de milenrama que tenía una falda con volados cubierta de flores dispuestas en racimos de color rosa, naranja y blanco.

—¿Qué haces aquí todavía? —le preguntó—. Creí que a estas horas ya habrías regresado al palacio.

—Me he desviado un poco —replicó débilmente—. Para descansar.

A Aurelia le complació la respuesta. Se había criado en una eternidad lánguida de tardes veraniegas y valoraba la paz y la tranquilidad por encima

de todo. Allí, en el Prado del Verano, siempre había tiempo para una siesta o un vaso de limonada. Como en pleno día dormitaban arropadas por el calor, era por las noches cuando realmente cobraban vida. El verano era la única estación en la que nunca se dormía de verdad. Si Clarion permanecía allí el tiempo suficiente, vería cómo aquellos que vivían bajo la luz de la luna —hadas de las luciérnagas y de las estrellas— salían de su letargo.

—Mi brillante pupila —dijo Aurelia—. ¿Ves? Estás aprendiendo sobre el Verano.

El cumplido le sonó vacío, pero Clarion puso una nota de alegría en su voz.

—Gracias, ministra.

Ella sonrió con indulgencia.

—Ahora, si me disculpas, tengo que supervisar a mis hadas de la luz.

Y con eso, se marchó. Con reticencia, Clarion echó un vistazo al hada de los animales, que había palidecido. Abrió la boca para decir algo, lo que fuera, para tranquilizarla. Pero era demasiado tarde. Vio el momento exacto en el que la comprensión golpeó a la otra hada. El momento exacto en el que la sorpresa pasó a convertirse en mortificación... y algo parecido a la reverencia absoluta. Clarion no lo soportaba.

—Princesa Clarion —dijo con un hilo de voz—. Lo siento muchísimo.

Clarion alzó las manos en un gesto conciliador.

—No hace falta que te disculpes.

—Sí hace falta —dijo el hada de los animales con la cabeza muy inclinada—. Alteza, perdóname por mi impertinencia. Si lo hubiera sabido...

Entonces jamás habría hablado con Clarion. ¿Qué más podía decirle? En voz baja, le dijo:

—Estás perdonada.

El hada de los animales inclinó la cabeza de nuevo. Con un «gracias» apenas audible, se alejó a toda prisa. De vuelta al trabajo, sin duda. Y de vuelta con sus amigos.

La familiar punzada de la soledad estalló en su interior como si fuera el colapso de una estrella. Por unos preciosos minutos, Clarion casi había podido olvidar quién era. Allí no había guardias que la siguieran desde la distancia. Nadie que se cuadrara en cuanto la viera llegar, ni conversaciones que se apagaran en cuanto se acercaba. No había susurros que se extendieran a su paso. Pero, al final, nada de eso importaba. Ni siquiera allí podía librarse de lo que era.

Debería querer aquello: respeto, deferencia, distancia imparcial. Pero no lo quería. Lo que más anhelaba en el mundo era lo único que de verdad no podría tener: que la conocieran. Elvina nunca...

«Elvina».

Oh, cielos. Si no se marchaba ya, llegaría tarde.

Se desabrochó el pasador que llevaba al cuello y dejó que la capa se le deslizara por los hombros. La dobló rápidamente entre los brazos y emprendió el vuelo por encima de los girasoles en una ráfaga de luz y pétalos de oro. Unas cuantas abejas que paseaban perezosamente tuvieron que apartarse para no chocar con ella.

Trazaba una estela de polen a sus espaldas a medida que ascendía hacia el cielo. Se permitió mirar atrás un momento... y se arrepintió de inmediato. Al parecer las hadas de la luz ya habían terminado su trabajo por esa tarde. Se habían dividido por equipos y jugaban a lanzarse una bola de luz por encima de una red. Pese a la distancia, Clarion captó las risas y la combina-

ción de gritos triunfales con quejas frustradas cuando uno de los equipos marcaba un punto.

Ver a sus súbditas así, tan sumergidas en una felicidad sin complicaciones, debería alegrarla. Pero, en ese instante, no era más que un recordatorio de su regia soledad. Por mucho que lo deseara, nunca sería parte de ellas. No de verdad.